

Cremación de Narayan Pandey, Katmandu 30 de mayo 2013

Era una mañana sofocante en el Templo de Pashupatinath, uno de los siete lugares declarados por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad en la capital de Nepal, Katmandú. Al entrar en el templo, observé una ceremonia hindú llamada Bratabandha, por la cual varios niños de unos 6-7 años pasan a ser considerados Brahmines, el escalafón más alto del sistema de castas que todavía impera en Nepal. La fecha de la ceremonia vendrá determinada por las predicciones astrales de cada uno de ellos. Una vez concluido el ritual, los nuevos Brahmines llevarán un hilo blanco cruzado en diagonal en su pecho, símbolo de su recién adquirido estatus. Más adelante, me topé con el río Bagmati, sagrado para los nepalíes y a la orilla del cuál se celebran todavía hoy las ceremonias de cremación hindúes. Katmandu es una ciudad con 1.740.977 habitantes, según el censo de año 2011, aunque si incluimos Lalitpur y Bhaktapur, en su periferia, la metropoli supera los 2 millones y medio de habitantes. Las religiones mayoritarias son el hinduismo y el budismo, aunque muchas veces se encuentran mezclados: es muy común encontrarse a ambas en el mismo templo, ya que muchos de los dioses y santos se encuentran en ambas tradiciones, a veces con nombres diferentes pero conservando los mismos atributos. De acuerdo con la tradición hindú nepalí, cuando una persona muere, su cuerpo es incinerado completamente y las cenizas se arrojan al río, --al que se alude como una madre-- de donde procede la vida. El cuerpo es considerado un instrumento donde habita el alma y su cremación facilita el desapego del alma para el tránsito a su siguiente destino. Las cremaciones al aire libre son comunes en Katmandu, pero cada cremación supone quemar muchos kilos de leña y un aumento considerable de la contaminación del aire en la ciudad. Verter las cenizas al río Bagmati también contribuye a la degradación de las aguas, ya de por sí bastante contaminadas. Por ello, el gobierno nepalí está construyendo un crematorio de gas, donde se llevarán a cabo todas las cremaciones en el futuro. Las cremaciones al aire libre pasarán a ser una tradición del pasado.

En ambas orillas del río Bagmati se pueden admirar las escalinatas que dan acceso al río. Las cremaciones se celebran en la parte superior de las mismas. Allí reposaba el cadáver de Narayan Pandey, un hombre de 42 años, rodeado de amigos y familiares. Su cuerpo yacía en una especie de camilla de bambú con forma de escalera. Una tela naranja le cubría todo su cuerpo. En la escena destacaba su mujer, Kanshimaya Tamang, vestida de un rojo

intenso, que lloraba amargamente mirando al cielo como buscando una explicación a la muerte de su marido.



A partir de aquel día nunca más vestirá de rojo, pues dicho color no está permitido a las viudas. Abajo, en el río, un grupo de niños jugaban desnudos en el agua, lanzándose desde un promontorio sin parecer importarles la cremación que iba a tener lugar a unos pocos metros. Su alegría se mezclaba con los llores de los familiares. Vida y muerte compartiendo unos pocos metros cuadrados. Ésta fue una de las enseñanzas de aquel momento: vida y muerte van de la mano. Son dos caras de una misma moneda, y por consiguiente, ambas deben ser aceptadas.



Al cabo de un rato trasladaron a Narayan a otra parte de la orilla del río donde se ubicaban 5 ó 6 pedestales destinados a las cremaciones. En uno de ellos se encontraba la pila de leña destinada a la cremación de Narayan. Ashesh Pandey, sobrino de Narayan, me reveló que Narayan había muerto por un exceso de alcohol.



Otras dos cremaciones estaban teniendo lugar en aquel momento: la de un niño de 6 años que se había caído por unas escaleras del colegio; y la de otro hombre de edad avanzada. Solamente había hombres atendiendo la cremación de Narayan. Las mujeres observaban desde una terraza que estaba detrás, ya que no se les permite participar en el ritual. El principal partícipe en la cremación hindú es el familiar varón más cercano al fallecido, siempre que pertenezca a la misma casta. En este caso, Raskumar, de 23 años, hijo de Narayan, pertenecía también a la casta de los Brahmines, así que le correspondía a él encender la pira funeraria de su padre. En caso de que el fallecido sólo hubiera tenido hijas, o sus hijos no pertenecieran a la misma casta, habría sido un hermano o un sobrino el encargado de hacerlo. Raskumar no conocía el ritual de la cremación, ni los pasos a seguir, por lo que siguió las indicaciones de los familiares de mayor edad. Especialmente su tío, cuyo padre había fallecido recientemente y estaba más familiarizado con el ritual. En primer lugar, Raskumar tenía que purificarse. Para ello bajó al río y se lavó las manos y los pies.



Después, se aproximó al lugar donde yacía el cuerpo de su padre y comenzó a rezar.



Mientras tanto, Ashesh, su primo, preparaba el pequeño atillo de leña con el se iniciaría la cremación. Cuando comenzó a arder, Raskumar lo recogió del suelo, se dirigió a la cabecera del cuerpo de su padre -que tenía la cara destapada y un fragmento de tela blanca sobresaliendo la boca- y le prendió fuego. Raskumar dio otra vuelta rezando alrededor del cadáver, deteniéndose a besar los pies de su padre en señal de respeto.



Raskumar no pudo aguantar más y empezó a llorar. Al otro lado del río una decena de turistas contemplaba la ceremonia.



El cuerpo fue cubierto de paja para extender el fuego lo más rápidamente posible. La cremación del cuerpo tiene que ser completa. Todos los huesos deben convertirse en ceniza y no puede quedar rastro. Un oficiante que pertenece al templo es el encargado de remover las brasas y cerciorarse de que el cuerpo esta completamente consumido.



Fue este oficiante quien me informó que puede llevar unas 3 horas hasta que el cuerpo quede reducido a cenizas. Cuanto más sobrepeso tenga el cadáver arderá mejor y más rápido, debido a la grasa acumulada. Narayan estaba muy delgado, probablemente debido a su alcoholismo. Raskumar se dirigió a una zona cubierta ubicada tras la pira para refugiarse del insoportable calor ambiental, aumentado por el fuego. Raskumar, exhausto, se quedó dormido en pocos minutos.



Mientras pasaban esas horas, me acerqué a un sitio que Ashesh me había contado. Era el “ultimo hospital”: un pequeño recinto con un par de habitaciones y unas camas de hierro donde trasladan a enfermos terminales para incinerarlos inmediatamente tras su muerte. Sólo había una cama ocupada. El enfermo era un hombre de unos 80 años. Tenía un gotero con suero a su lado. Sus manos y sus pies estaban hinchados y apenas se le podía oír respirar. Le acompañaba en la habitación su nieto, que me permitió hacer fotos de aquella experiencia.



Un poco más tarde llegaron dos de sus hijas y le colocaron las manos debajo de la sábana. Una de ellas posó su mano sobre el trozo de sábana que cubría la mano de su padre, a modo de caricia, consciente de que aquellos eran sus últimos momentos.



En aquel momento pude comprobar la diferencia que existe en Oriente y Occidente a la hora de enfrentar la experiencia de la muerte. En occidente, si es inusual asistir a los últimos momentos de los seres queridos, es mucho más infrecuente asistir a la exposición pública de un cadáver, más aún sin maquillaje o arreglos; y prácticamente imposible contemplar cómo se va consumiendo por las llamas. Sin embargo, aquí estaba participando en la ceremonia como uno más de la familia. Al principio, a pesar de que contaba con el permiso de Raskumar para fotografiar la cremación, me sentí un poco incómodo, como un entrometido en una ceremonia privada. Pero finalmente me sentí totalmente bienvenido, especialmente cuándo un par de familiares me pidieron que les enviara las fotos de la cremación.

Cuando regresé al lugar donde tenía lugar la cremación de Narayan estaba a punto de comenzar otro ritual: iban a cortar el pelo de Raskumar al cero. Lo hicieron sus familiares. Se trata del inicio de un proceso de purificación que se extendería durante los próximos 13 días y que se denomina “Kriva”. Más adelante me dijeron que todos los familiares varones del difunto también tienen que cortarse el pelo al cero 10 días después de la cremación.



Una vez comprobado que el cuerpo está totalmente consumido, las cenizas y el resto de las maderas sobrantes se arrojan al río sagrado Bagmati.



A continuación, con un cubo, se coge agua del río y se lanza con fuerza sobre los restos de cenizas para que todo se vierta al río. Raskumar fue el primero en hacerlo, pero continuaron el resto de familiares y amigos hasta que el suelo quedó completamente limpio. Abajo, dentro del río, una persona buscaba insistentemente en el agua buscando las piezas de oro del difunto: anillos, colgantes o dientes.



La ceremonia de purificación, o Kriva, tuvo lugar en el templo de Gorgabu, en la zona norte de Katmandu. Raskumar y su madre, Kanshimaya, tuvieron que permanecer 13 días en un pequeño recinto del templo, del que no podían salir.

El ritual establece que durante los primeros 10 días no deben salir de la habitación, ni tocar ni ser tocados por nadie. Tampoco se permite el contacto físico entre madre e hijo. Éstos permanecieron en una habitación separada en tres zonas por un pequeño muro de unos 60 cm: la del fondo la ocupaba Raskumar, la del medio su madre, y la más cercana a la puerta de entrada, las personas que venían a visitarlos y a hacerles compañía. También había un pequeño baño al fondo.



Durante esos días sólo pueden vestir unas telas blancas, sin costuras, y no pueden comer nada con sal, ni tomates, ni ajos, ni lentejas (salvo las amarillas) Tienen que cocinar su propia comida, ya que no les está permitido comer nada que haya sido preparado por otros. Para ello cada uno dispone de una bombona de gas y de un hornillo. No podrán comer carne durante un año.



Asimismo, durante esos 13 días no pueden utilizar jabón, champú ni perfume. Deben limpiar el suelo de su estancia con un trozo de excremento de vaca sagrada. Reciben a los visitantes con una botella que contiene orina

de vaca sagrada. Las visitas que entran en el recinto beben un poco y se humedecen la frente con ella.



Raskumar me acompañó a la salida del templo, donde me esperaba el taxi para llevarme al aeropuerto. Al cabo de 10 días ya podía salir de la habitación y tocar a otras personas. Allí fue donde Raskumar me contó el motivo real de la muerte de su padre: su padre y su madre nunca habían estado formalmente casados. Su padre pertenecía a la casta de los Brahmines, pero su madre pertenecía a una casta inferior. La familia de Narayan no aprobó el matrimonio por la diferencia de castas, por lo que finalmente, Narayan y Kanshimaya huyeron de su pueblo y se establecieron en Katmandu. Según Raskumar, el verdadero motivo de que su padre bebiera tanto era que nunca había sido aceptado de nuevo en su familia y que ésta nunca le ayudó. Raskumar me confesó que él tenía una novia de una casta inferior a la suya, pero que a él no le importaba, que estaba decidido a casarse por amor.



Sentado en el taxi pensaba en la discriminación del sistema de castas, abolido en Nepal formalmente por una ley de 1962, pero en la práctica decisivo en los usos y normas sociales.

Un par de meses más tarde, encontré estas palabras de Mahatma Gandhi sobre ‘los Intocables y el Sistema de Castas’: “Tan equivocado sería acabar con el sistema de castas por la existencia de los intocables, como destruir el cuerpo porque le ha salido un bulto feo, o destruir la cosecha porque existe en ella hierbajos. Es el concepto de ‘Intocables’, en el sentido que lo entendemos, lo que tiene que ser destruído. Es un exceso a eliminar, si no se quiere que todo el sistema se venga abajo. Los intocables son el producto, por tanto, no del sistema de castas, sino de la distinción entre superior e inferior que se ha infiltrado en el hinduismo y que lo está corrompiendo. La batalla contra el concepto de intocables es entonces una batalla contra las ideas de superioridad e inferioridad. En cuanto se acabe con dicho concepto, el sistema de castas quedará purificado, esto es, según mi sueño, acabará siendo un verdadero *varnadharma*: las cuatro divisiones de la sociedad, cada cual complementaria de las otras y ninguna inferior o superior entre sí; todas ellas partes necesarias para la totalidad del cuerpo del hinduismo.”

13 días después de la cremación, Raskumar y su madre volverán al río Bagmati y pondrán fin a la Kriva, o duelo, mediante un último rito: arrojar sus ropas blancas al río. Una vez completado el ritual, Raskumar retomará su vida cotidiana e intentará, junto con su novia, recoger el testigo de su padre y enfrentarse al sistema de castas.

